
DISCUSIONES

HELIO GALLARDO Y MI PENSAMIENTO FILOSOFICO

Teodoro Olarte

Hoy contesto a mi colega Helio Gallardo, quien en el núm. 37 de la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, pretende analizar lo que filosóficamente pienso y las causas por las que pienso lo que pienso; esto último —el estudio de las causas— es para Gallardo mucho más importante que mi propio pensamiento, producto al fin de un “pequeño burgués”, como viene a definirlo Gallardo. He de adelantar que su estudio abarca los puntos esenciales de mi pensamiento, de donde mi sincera complacencia; no diría lo mismo del criterio que usa para estudiarlo. No me detendré, sin embargo, en refutar tal criterio; si se ha decidido él por determinado método y criterio, respeto su libertad y sólo le pido que respete recíprocamente la misma libertad del prójimo.

Afirma Gallardo: “... “lo metafísico” lo real, es lo personal, lo intransferible, unidad y unicidad. *Lo real es el individuo solo*” (p. 200). En varios lugares repite con extraña insistencia que mi metafísica es una metafísica del *individuo solo*. Para conferir un aparente fundamento a tal afirmación, Gallardo toma como unívocos los conceptos de “persona” e “individuo”. Manifiesto que esa confusión me es enteramente ajena: para mí hay individuo sin ser persona, pero no existe la persona sin individuo. Por ser persona, el hombre resulta trascendente, se halla abierto al “tú” con transcendencia, no sólo sexual, sino también política, social, económica, y de una manera responsable. En otras palabras, el hombre no se agota en su ser social porque posee un mundo interior autónomo en virtud de su unidad y de su unicidad; no pertenezco a esas ideologías que fabrican hombres sin rostro, hombres “don nadie”. Desde

determinado punto de vista —fundamental—, confieso que defiendo la soledad de cada hombre, de cada existencia humana, y que sobre ese fundamento presento la metafísica, pero me haría escasa justicia quien me acorralara en el individualismo por no militar en el colectivismo. Creo en la dignidad de las naciones, de los grupos, pero también, y sobre todo, en la dignidad del hombre concreto, raíz de toda dignidad. La derecha y la izquierda nos hacen olvidar con frecuencia la cabeza, nuestra cabeza. Con las notas de unidad y unicidad trato de defender la persona que “responda”, que sea capaz de ser “responsable” ante los demás ante el “otro”. No alcanzo a comprender la crítica que se me hace porque defiendo que primero es ser uno mismo y luego el resto.

Después de lo anterior, que es fiel resumen de mi pensamiento expuesto en “El ser y el Hombre”, no parece justificada la frase “el carácter *peyorativo* que asume el ser—para—el—otro en las relaciones de producción y política” (p.201). Estas relaciones resultan incomprensibles “sin la base metafísica de la vinculación del “Yo” al “tú”. Creo que lo masculino y lo femenino son dos orbes que se complementan recíprocamente no sólo en lo que respecta a la generación, sino también —y muy principalmente— en lo concerniente a la personalización. Otro punto que Gallardo me objeta es que yo defiendo que la comunicación es *imperfecta*. A lo que contesto: nadie desconoce lo complicado y lo espinoso que es el problema de la comunicación; negarla, imposible; declararla perfecta, también, ¿entonces? La historia, que es sucesión y creación, impide la comunicación perfecta, completa, así individual como colectiva.

No entendemos al señor Gallardo cuando afirma "que la acción que en la versión de Olarte realiza a la persona es la acción abstracta, válida para todos y para cada uno y, por tanto, válida para nadie" (p. 203). ¿Cómo me tilda Gallardo de *abstracto* si a cada paso critica mi noción de unicidad por la que singularizo a cada persona? Si repito hasta el exceso que el hombre se hace y se hace *personalmente*, ¿cómo puede desconocerse que me refiero a una entidad concretísima? Si al hombre se le toma sin adjetivos, tal cual es, tendremos la confianza de que nos responda el "quién" de nuestra pregunta, dándonos "su" cara. De ninguna manera soy colectivista; de ninguna manera soy individualista como lo postula Gallardo; en mis escritos corre a raudales el concepto de organismo o el concepto de estructura, que son conceptos capaces de soslayar todas las contradicciones, todas las siniestras derivaciones que se condensan en la nota 8 de la página 203. Ciertamente, para que aparezca el organismo y la estructura en la sociedad tenemos que confesar que "somos igualmente desiguales ontológicamente". Aquí halla su asiento filosófico la posibilidad de la "colaboración" auténticamente humana que organice y aúne esfuerzos y libertades. Desde este punto filosófico, no negaré que puedan aparecer "peligrosas desviaciones anti-humanas", aunque no tantas como han venido apareciendo en las culturas fundadas en el mito, en el principio exorbitantemente "abstracto" de la igualdad natural de los hombres.

Tal vez, por falta de información, Gallardo no comprende el uso que yo hago del concepto "mundo". Y afirmo esto porque en varios lugares identifica el concepto "mundo" con el concepto naturaleza. Por esta confusión varios párrafos de su arremetida quedan invalidados. Empleo la palabra "mundo" en el sentido que debe dársele en la expresión "estar-en-el-mundo", donde mundo no es una cosa ni un conjunto de cosas; su interpretación no puede ser ni "objetivista" ni "subjetivista". La categoría "mundo" merece toda la atención dentro de la Filosofía actual. Yo sostengo que el hombre hace historia sencillamente porque su ser es temporal. La historia crea, y la historia no se repite; para mí el concepto de historia difiere del concepto de cambio, asunto éste que no tengo por qué explicarlo en esta oportunidad. Gallardo niega que el hombre sea el exclusivo autor de la historia, aserto hecho con el doble propósito de manifestar los aspectos burgués y pequeño-burgués de la opinión contraria, y el de ampararse en la autoridad de L. Althusser. Pese a todos los Althusser, hay que distinguir la historia *natural* de la historia *humana* si no deseamos mayor intensidad en la

confusión. Por otra parte, juzgo que nadie tiene derecho de escribir de mí lo que Gallardo escribe: "...OlarTE identifica "historia" y "conciencia histórica"; tal atribución sólo es explicable por la incomprensión de muchas páginas centrales de "El ser y el hombre". Siempre hubo —desde que aparecieron los hombres— siempre hubo historia *real*, pero la *conciencia* de esa historia se origina con claridad en el siglo XVII; esta conciencia substituyó a la conciencia de *cambio* histórico.

Sintetizando su crítica a base de mi concepto y teoría de la persona, el señor Helio Gallardo afirma: "... reflexión sobre la persona una y única que trae como corolarios, 1) la negación de lo social como expresión de lo humano". Yo nunca he hecho una aserción semejante; la vertiente esencial de lo humano —lo he repetido hasta la saciedad— es la social, es ésta necesaria pero no suficiente. La mención que de los objetos culturales —del espíritu objetivo—, es suficiente para anular la afirmación de mi contrincante. Continúa Gallardo: "2) la negación de lo histórico real; 3) el subjetivismo y el pesimismo (lo social como carencia ontológica)". Creo que en líneas anteriores ha sido contestado el asunto de lo histórico; en cuanto a lo subjetivo y el pesimismo, tengo que decir que el subjetivismo se puede demostrar en forma fehaciente, experimental: la interpretación empírica, la científica, de la realidad, difieren según la preparación individual, según el sistema de saberes que se apliquen a la organización de nuestro "mundo". Desde que leí por primera vez la crítica de Gallardo me chocó que me atribuyera ese pesimismo porque "lo social como carencia ontológica" no me resultó optimista. Lo confieso: no soy pesimista ni optimista, ya que para serlo habría que profesar una metafísica que yo explícitamente recuso en mis escritos. Cada día estoy menos seguro de que exista *filosofía* de la historia tal como tratan de presentarla San Agustín, Bossuet, Marx, Teilhard de Chardin o Jaspers. Admito, eso sí, una evolución cuyas metas nos son filosóficamente desconocidas. No son para menos los escarnientos que a ciertas teorías han deparado la ciencia y la técnica de nuestros tiempos.

Respondiendo a ambos contrincantes míos en torno a mi concepto de protoplasma, lo hago mediante la cita literal siguiente: "Sus partículas materiales, que ya no vagan al azar, entran en la trama (...) del sistema viviente. Ahí, y no en el origen del hombre, parece estar el decisivo paso adelante, porque en esa simple célula se encuentra el germen de cuanto la vida ofrece. (...) De los armónicos ritmos del protoplasma surgen los procesos físicos de las cosas vivas, el tema de la biología; pero de esas mismas armonías miste-

riosas emergen también las cualidades de lo que llamamos el espíritu humano. La persecución de metas, la creatividad, la facultad de ajustar la materia a un fin determinado, están presentes en los organismos más simples; y en el ser humano esas mismas condiciones de intencionalidad y ambición, refinadas y elevadas muy por encima de su humilde origen y que revelan cumbres y simas insospechadas en las formas inferiores, son, a mi entender, la manifestación del espíritu" (E.W. Sinnott, *La biología del espíritu*, pg. 142). Podría citar otros nombres, pero no lo juzgo necesario puesto que esos autores quedaron registrados en la "Bibliografía" de "El ser y el hombre". A esto se contrae lo que yo entiendo por protoplasma. No soy biólogo, pero creo que puedo leer biología, fruto de investigaciones realizadas por los que sí son especialistas en la materia. No veo por qué la unidad y la unicidad, que son piedras angulares de mi obra, se han de considerar incompatibles con lo social, y hayan de ser tenidas como necesarias causas del egoísmo. Antes bien, considero esas notas como fuentes de la responsabilidad positiva personal. Si la persona una y única no responde, ¿quién ha de responder? .

Mi "anarquismo espiritual" —y no social ni político— descansa en dichos principios. En mi intimidad, y en la de todos, existe una fuerza, única cualitativamente, que me hace ser como no lo es nadie, de la que depende mi proyecto existencial. Esta fuerza recóndita es regulada por la ley, que no es universal, sino individual, única y personal. Tal es la vía que nos lleva, engendrando nuestro sentido y evitándonos ser "nadie". Vivir en primera persona del

singular desde ese núcleo personal y único constituye mi anarquismo, el anarquismo positivo que produce la fuerza crítica, la cual permite desenvolver la existencia con decencia.

Al final confiesa Gallardo que no le interesa tanto mi pensamiento como las raíces del mismo. "El verdadero problema filosófico surge entonces bajo la forma no ya de saber *qué es lo que piensa Olarte*, sino en intentar resolver por qué es que Olarte piensa como piensa o, lo que es lo mismo, *desde qué situación social concreta emerge e intenta dar respuesta el pensamiento de Teodoro Olarte*" (P. 207). Establecido así el problema en torno a mi pensamiento, Gallardo con una manifiesta complacencia concluye que mi filosofía es producto de mi condición social *pequeño-burguesa*. Siguiendo la misma pauta, por él establecida, podría interpretar la crítica que él me endilaga, como producto de su propia situación ideológica, y le preguntaría no por el contenido de su adversariedad, sino cuál es el origen de su crítica, pero me abstengo de formular ese interrogante porque la contestación es obvia y evidente. En resumen, la respuesta total y última del señor Gallardo ha de formularse desde el hombre colectivo, y yo —"mezcla rara de sensibilidad, inteligencia y rigor"— contesto filosóficamente desde el punto de vista del hombre concreto, desde la intimidad del hombre de carne y hueso, del hombre que concretamente —y no colectivo— sufre hambre, injusticia, que se angustia por razones únicas y por razones políticas, sociales. Interpreto integralmente al hombre, en su intimidad y en su exterior condición. Por eso no me sonroja proclamar me "humanista".